

ha salido ya de su sepulcro secular, y el ingenioso investigador de sus ruinas reclama para la Asiria una antigüedad tan considerable como la del Egipto (1).

La autoctonía de los Egipcios no ha tenido aceptación ni aún entre los egiptólogos. Los consideran como una rama del tronco oriental, que brotó muy temprano, y tomó en un país aparte un carácter original, pero guardando, sin embargo, en su lengua y en su religión señales de su origen asiático (2). La lengua egipcia, ese jeroglífico de la ciencia, empieza ya á revelarnos sus misterios: ha tenido que renunciar á sus pretensiones de originalidad; se ha descubierto su afinidad con las lenguas indogermánicas y con las lenguas semíticas (3). La identidad del lenguaje es la señal más segura de la comunidad de origen. Los asombrosos progresos de la filología oriental hacen concebir la esperanza de que entren un día en el dominio de los hechos históricos la filiación y el parentesco de los pueblos, que hasta hoy solamente se fundan en conjeturas. Hasta que la ciencia de las lenguas comparadas haya llegado á su última perfección, los orígenes del Egipto serán un punto discutible. Las probabilidades que hace medio siglo encaminaban á los sabios á buscar el origen de su civilización en la India, los dirigen hoy, según parece, hácia Babilonia.

Los Egipcios decían que los Caldeos de Babilonia eran una de sus colonias (4). El parentesco de ambos pueblos, indicado por esta pretensión, viene confirmado por la tradición hebráica: *Nemrod*, el fundador de Babilonia, descende de *Kusch*, hermano de *Misraim*; el nombre de *Nemrod* es egipcio, así como también el de *Nitokris*. Los egiptólogos han hallado notables relaciones entre los Egipcios y los Babilonios. Los pesos y las medidas son idénticos. La ciencia astronómica de los Caldeos, que ha alcanzado tanta celebridad, se funda en los mismos principios que la astro-

(1) LAYARD, *Nineveh and its Remains*, t. II, p. 225.

(2) BUNSEN, *Aegyptens Stellung in der Weltgeschichte* t. I, p. 515. — LEPSIUS, *Chronologie*, t. I. — WILKINSON, *Manners and Customs*, t. I, p. 3.

(3) LASSEN, *Ind. Alterth*, t. I, p. 25. — VON BOHLEN, *Das alte Indien*, t. II, p. 455-461. — BUNSEN, t. IV, p. 114-133.

(4) DIODOR., I, 81.

nomía egipcia (1). Según los Egipcios, los Caldeos deben estos conocimientos á sus sacerdotes. Los antiguos atribuyen también al Egipto el origen de la religión asiria (2).

Las analogías están averiguadas, y son de tal naturaleza que deben proceder del mismo origen. Pero ¿procede el Egipto de la Caldea ó la Caldea del Egipto? Si nos atenemos á los hechos conocidos, la prioridad parece del Egipto; los documentos nos presentan civilizados á los Egipcios en una época en que Babilonia no está aún constituida. Sin embargo, el sabio *Lepsius*, de quien tomamos estas observaciones, añade que es posible que los Caldeos y los Egipcios deban su civilización á un origen común (3). Pero carecemos en este punto de toda base histórica; no tenemos más que una probabilidad, y es la creencia general de que la cultura intelectual tiene su origen en el Oriente.

En medio de estas incertidumbres hay un hecho ya determinado, y es que las raíces del Egipto están en el Asia. La teocracia que caracteriza al Oriente es también el elemento esencial de la sociedad egipcia; pero se trasformó al acercarse á Occidente. Si comparamos el Egipto con la India, veremos que en el valle del Nilo se realizó un progreso considerable.

§ III.—Progreso del Egipto sobre el Oriente.

N.º 1.—*Diferencias entre las castas del Egipto y las de la India.—Gérmen de unidad.*

A primera vista las castas egipcias parecen ser la reproducción de las de la India, por las numerosas analogías que presentan. Las grandes divisiones eran las mismas (4). Los sacerdotes formaban el orden dominante; eran los depositarios de las ciencias, que,

(1) LEPSIUS, *Chronologie*, t. I, p. 222, s.

(2) DIODOR., I, 28. — LUCIAN., *De Syria Dea*, § 2.

(3) LEPSIUS, *Chronologie*, t. I, p. 233.—Tal es también la opinión de LETRONNE, *Origen del zodiaco griego*, p. 58, y de BUNSEN, *Aegypten*, t. VI, p. 19, ss.

(4) HEROD., II, 36, sig., 164, sig.; DIODOR., I, 69, sig.

según las ideas del Oriente, se relacionan con la religión ó se derivan de ella: la filosofía, las leyes, la astronomía, las matemáticas, la medicina, eran el vasto campo abandonado al sacerdocio. La superioridad de la inteligencia llevaba consigo la supremacía política: la parte mayor y más rica del suelo pertenecía á los sacerdotes: los grandes pontífices se igualaban con los Faraones. Los reyes se elegían de la casta de los guerreros; éstos formaban, por decirlo así, un pueblo aparte, que habitaba en distritos particulares. En las sociedades teocráticas, los guerreros ocupan un lugar secundario. Los reyes pasaban su vida en compañía de los sacerdotes; dependían de ellos por razón del ceremonial; los oráculos y la astrología los guiaban en todas sus empresas. El sacerdocio era, pues, el verdadero dueño del Estado. Las castas inferiores tienen poca importancia. Había también en Egipto, como en la India, una clase de seres abyectos, impuros, objeto del desprecio universal: los guardadores de puercos no eran admitidos en los templos; los egipcios detestaban en ellos á los terribles Nómadas, que amenazaban continuamente su paz, y que por mucho tiempo habían hollado su suelo sagrado como vencedores insolentes.

Sin embargo, á pesar de la semejanza entre las castas del Egipto y las de la India, hay diferencias esenciales. El destino de las castas superiores en ambos países señala un desarrollo diferente. Sacerdotes y guerreros no pueden coexistir sin combatir por la supremacía. ¿Cuál fué el resultado de esta lucha en las márgenes del Nilo y del Ganges? En el momento en que el Egipto sale de su aislamiento para figurar en la historia del mundo, el elemento guerrero vence al elemento sacerdotal, la dominación de los sacerdotes entra en plena decadencia, y bien pronto la teocracia es sustituida por una monarquía griega. Los anales de la India presentan un espectáculo completamente diferente. Los chatrias luchan en vano contra la casta protegida por los dioses, y acaban por desaparecer, hasta tal punto, que hoy es difícil encontrar señales de su existencia en las mismas comarcas en que aún se venera á los brahmanes. Un sacerdote egipcio quiso lograr para su orden el dominio exclusivo de que los brahmanes disfrutaban en la India; se apoderó del trono y llenó de ultrajes y desprecio á la casta guerrera; pero, cosa notable, Sethos figura en la historia como

un usurpador (1); su reinado, lejos de detener la ruina de la casta sacerdotal, la precipitó. Las ideas griegas invadieron el Egipto, y más tarde los soldados de Alejandro vinieron á sentarse en el trono de los Faraones.

¿Cuál es la causa de la diferencia de destinos del sacerdocio en Egipto y en la India? Entre los Indios las castas tienen una sanción religiosa, la desigualdad procede de Dios: de aquí esa persistencia y esa inmovilidad que nos asombran. En Egipto los sacerdotes no han atribuido, según parece, la institución de las castas al Creador. Dios hace el brahman; un chatria no puede elevarse á la casta sacerdotal sin una intervención divina. No sucedía lo mismo en Egipto; los miembros de las dos clases privilegiadas podían desempeñar indiferentemente las funciones religiosas ó las militares; era permitido el casamiento entre los dos órdenes (2). En cuanto á las castas inferiores, se han formado, por decirlo así, naturalmente bajo la influencia de circunstancias locales. La parte del territorio que no era propia para la agricultura servía de vivienda á los pastores; los que habitaban en las orillas del Nilo pescaban y navegaban; las llanuras sirvieron de habitación á aquellos á quienes llamaba su genio á los trabajos de la agricultura y de la industria. La diferencia de origen, unida á las ocupaciones diversas que la naturaleza del terreno exigía, basta para explicar la división de los egipcios en castas (3).

Así, pues, la religión no era, como en la India, un obstáculo insuperable para que penetrara en los espíritus la idea de la unidad y de la solidaridad de los hombres. Esta doctrina penetró efectivamente entre los egipcios; creemos entreverla en una de sus prácticas religiosas: los habitantes, al ofrecer los sacrificios, rogaban á los dioses que alejasen las desgracias que pudieran sobrevenir á todo el Egipto ó á ellos mismos (4). Otro pueblo había también en el Oriente, cuyos individuos tenían presente en sus

(1) HEROD., II, 141, 147.

(2) AMPÈRE, en la *Revue des deux mondes*, 1848, t. III, p. 648.

(3) HERODOTO las llama *yévez*, término de que se sirve habitualmente para designar las diferentes tribus de un pueblo (HEROD., II, 164; c. I, 101, 125.—HEROD. *ÆGYPTEN*, sect., I, p. 526-529).

(4) HEROD., II, 39.

oraciones á la nacion entera, los Persas, y entre los Persas no existia la institucion de las castas. Estos sentimientos suponen una concepcion de la humanidad completamente diferente de la que constituye el fondo de la religion brahmánica. ¿No debemos ver aquí el gérmen del dogma de la *unidad*, y la expresion de la *division* en las castas?

La diferencia entre la India y el Egipto es fundamental. Si la idea de la igualdad no ha trasformado la sociedad egipcia, por lo ménos se ha manifestado en la religion y en las leyes. Las castas superiores de la India eran las únicas iniciadas en la doctrina religiosa; no habia entre ellas y las demas castas ninguna relacion de justicia ni de humanidad. La condicion de los chandalas excede á todo lo más degradante que se puede imaginar. Los egipcios no conocian el odioso privilegio del *doble nacimiento*; la ley religiosa era una, la misma para todas las clases; no habia más que un culto, las fiestas eran comunes á toda la nacion (1). El Egipto tenia, ciertamente, una casta despreciada, la cual ha sido comparada con los párias; pero no se ve que haya admitido las consecuencias que los Indios hacian derivar del irritante dogma de la impureza. Algunos restos de leyes, conservados por Diodoro, denotan, por el contrario, segun parece, en los Egipcios una tendencia á la humanidad respecto de todos los seres, sin distincion de castas. Aquel que, pudiendo prestar auxilio á un hombre atacado por otro, no lo hacia, era castigado con tanto rigor como el asesino. Aun era más notable la ley que imponia la pena de muerte lo mismo al que mataba un esclavo que al que mataba á un hombre libre (2). Cosa asombrosa, un pueblo dividido en castas comparte con los atenienses la gloria de haber dictado la única ley de igualdad que la antigüedad pagana ha tenido para los esclavos.

Los Egipcios tenian, pues, el instinto de la unidad humana. Las castas son de la esencia de la India; en Egipto no eran más que una institucion política, cuya disolucion era de esperar del

(1) BUNSEN, *Egipten*, t. VI, p. 570.

(2) DIODOR., I, 77. Citarémos además la ley que prohíbe al acreedor atentar contra la libertad personal del deudor. Los Egipcios son tal vez el único pueblo de la antigüedad que no ha admitido la prision ó la servidumbre por deudas (DIODOR., I, 79).

curso natural de las cosas. Moises, educado por sacerdotes egipcios, consagró la igualdad religiosa; las colonias egipcias llevaron á Grecia la civilizacion, pero no las castas. El Egipto es, pues, una transicion entre el Oriente y el Occidente; se relaciona con el Asia por el régimen teocrático, y con la Grecia, porque su constitucion contiene gérmenes de trasformacion.

N.º 2. — *Doctrina religiosa. — La sabiduría egipcia.*

Si desde el Oriente al Egipto se nota progreso, es probable que sea debido á una concepcion religiosa, porque en las teocracias la política y el derecho no son más que manifestaciones de la idea teológica. Pero ¿cuáles eran los dogmas del sacerdocio egipcio? Esta cuestion nos lleva á una controversia interminable. Se sabe que el culto popular era el más grosero politeísmo: la adoracion de los animales se aproxima más al fetiquismo de los salvajes que á la religion de Roma y de Grecia. ¿No se elevó la casta sacerdotal sobre aquellas ignobles supersticiones? Los antiguos la creian en posesion de una doctrina secreta. *Plutarco* dice que las misteriosas esfinges colocadas á la entrada de los templos eran el símbolo de la doctrina oculta que en ellos se profesaba. *San Clemente de Alejandría*, que se hallaba en tan buenas condiciones para conocer las antigüedades egipcias, dice que no comunicaban la ciencia de las cosas divinas más que á los reyes y á los sacerdotes que por su sabiduría se hacian dignos de esta iniciacion. *Orígenes* cree tambien que el sacerdocio enseñaba sus dogmas en los misterios, y que la masa del pueblo no conocia más que las fábulas (1). Exagerábase la idea de la sabiduría egipcia á causa del velo mismo que la encubria. Los últimos representantes de la filosofía, los neoplatónicos, atribuyeron al antiguo Egipto el conocimiento de todas las verdades reveladas al Oriente y al Occidente por la filosofía y la religion (2); para fundar tan soberbia pretension, pu-

(1) PLUTARC., *De Isid.*, c. 9. — CLEMENT. ALEJ., *Strom.*, v, 7, p. 508 (670). — ORÍGEN., c. *Cels.*, I, 12; ID., *De principiis*, III, 3.

(2) *Real Encyclopædie der classischen Alterthumswissenschaft*, t. I, p. 104, 110. Segun estas fuentes es como Creuzer ha tratado de reconstruir los dogmas egipcios (*Symbolik*, t. II, c. 3).

siéronse á escribir libros bajo el nombre de *Hermes*, el *Thoth* egipcio, caprichosa mezcla de doctrinas filosóficas, de creencias orientales y de sentimientos cristianos (1).

Los sabios modernos han creído durante mucho tiempo las tradiciones antiguas, incluso los libros apócrifos de *Hermes* (2). Si se les preguntaba qué había sido de la tan celebrada sabiduría de los Egipcios, respondían que los sacerdotes solamente la enseñaban en los misterios, y que esta enseñanza oral se perdió al mismo tiempo que la independencia y la civilización del Egipto (3). Otros suponían que la escritura jeroglífica tenía por objeto ocultar la ciencia sacerdotal á los ojos de los profanos (4). Perdida la clave de los jeroglíficos, había campo abierto para forjar hipótesis. Los sabios no dudaban de que el sacerdocio tuvo conocimiento de un Dios creador (5); hasta le suponían el conocimiento del dogma de la Trinidad (6). Para explicar la sublimidad de estas creencias en una nación pagana, suponían comunicaciones entre el Egipto y los patriarcas. *Kircher* ha escrito sobre esto una historia, y la refiere sin manifestar la menor duda, como si se tratase de un hecho contemporáneo, auténtico. *Thaut* ó *Hermes* era discípulo de los patriarcas; el sabio jesuita fija el año y casi el día del nacimiento de este sabio, que «Dios envió al género humano, todavía inculto, para instruirlo.» Fué iniciada en la verdad por Noé y sus descendientes; después de haber vivido algún tiempo en Italia, pasó á Egipto, donde reinaba entonces el rey Mizraim, á quien enseñó la ciencia y la política que sirvieron de base á la constitución egipcia (7).

(1) BAEHE, *Real Encyclopædie der Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Hermes*.—EGGER, *Diccionario de las ciencias filosóficas*, t. III, p. 77-83.

(2) El más célebre defensor de la sabiduría de los Egipcios es el teólogo inglés Cudworth, que se hizo de su religión un arma contra la incredulidad de sus contemporáneos (*Systema intellectuale*, c. IV. § 8).

(3) KIRCHER, *Œdipus ægyptiacus*, p. 115.

(4) CUDWORTH, p. 371.—KIRCHER, *ib.*, Prólogo de SCHOTT.

(5) JABLONSKI, *Pantheon Aegyptiorum*, *Prolegomena*, p. 46, y P. I, p. 33-41.

(6) CUDWORTH, t. I, p. 371.—KIRCHER, t. I, p. 147, 149.

(7) CUDWORTH, según JAMBlique, p. 412, 413.—KIRCHER, t. I, p. 154.—MAURICE, *Indian Antiquities*, t. IV, p. 294-326.

(8) KIRCHER, t. I, p. 114, 115.—Compárese JABLONSKI, *Pantheon ægypt.*, Prol., p. 46.—WILKINSON reproduce las ideas fundamentales de KIRCHER, de CUDWORTH y de JABLONSKI (t. IV, p. 185-188).

La reacción que tuvo lugar en el siglo XVIII contra todo lo que lleva el nombre de teocracia, alcanzó también á la autoridad secular de los sacerdotes egipcios. Alterado el sentimiento religioso, no se vió ya en los cultos antiguos la adoración de un Sér Supremo; unos, renovando el sistema de Euhemero, hicieron de la religión egipcia una historia simbólica (1); otros, una representación de los trabajos de la vida civil, principalmente de la agricultura (2). En Francia y en Alemania tuvo acogida la opinión de que todos los cultos, y especialmente el egipcio, eran sistemas astronómicos ó astronómicos (3).

El siglo XIX respeta las creencias religiosas, sean cuales fueren sus aberraciones; pero, extremando el espíritu de crítica que le distingue, tiene la pretensión de rehacer la historia antigua y de conocer mejor que los antiguos los orígenes de las cosas y los misterios más ocultos. Esta audacia ha producido trabajos notables, pero tiene también su escollo. En cuanto se parte de una duda preconcebida, no hay nada que no esté sujeto á discusión: ¿dónde están los testimonios que llevan al espíritu la convicción completa? ¿Dónde las autoridades que no tengan punto débil ó vulnerable? Así ha sucedido que los escritores modernos han desechado hechos universalmente admitidos por la antigüedad. Los sabios alemanes, ingleses y holandeses (4) representan la religión egipcia como una adoración de los elementos de la naturaleza; niegan que los sacerdotes hayan tenido una doctrina superior, enseñada en los templos; si se les arguye con la autoridad de Plutarco, de los neoplatónicos, de San Clemente, de Orígenes, responden que los filósofos han atribuido sus propios sentimientos á los Egipcios.

Los egiptólogos protestan contra esta disminución sistemática de la ciencia sacerdotal. Todos los que han visitado el Egipto se

(1) ZOËGA, *De origine et usu obeliscorum* (1797).

(2) El abate PLUCHE, *Historia del cielo* (1758).

(3) DUPUIS, *Del origen de los cultos*.—GATTEREE, *De theogonia ægyptiaca*, en los *Comment. Soc. Goetting.*, t. VI.

(4) HAAKH, *Real Encyclopædie der Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Ægyptische Religion*.—PRICHARD, *Darstellung der ägyptischen Religion*, übersetzt von HAYMANN.—VAN-LINBURG, BROUWER, *Gedachten over het verband tusschen de godsdienstige en zedelyke beschaving der Egyptenaren*.

han negado á creer que los sacerdotes no hayan tenido más creencia que un politeísmo más ó ménos material. No hablemos de Champollion; pudiera decirse que ha exagerado la importancia de sus descubrimientos; que, como todo inventor, ha presentado bajo el punto de vista más favorable la antigua ciencia, cuya clave habia encontrado. Pero no se recusará el testimonio de los sabios franceses que acompañaron á Egipto al general Bonaparte; aunque imbuidos en el espíritu del siglo XVIII, á la vista de las ruinas de la antigua sociedad egipcia han dicho que tanta grandeza en las artes destinadas á celebrar á los dioses no podia conciliarse con tanta pequeñez en las ideas religiosas. Uno de los últimos viajeros ingleses, el sabio *Wilkinson*, admite que los sacerdotes egipcios tenian dogmas secretos enseñados en los misterios; solamente les censura por no haber comunicado al pueblo una ciencia «tan estimada por el cristianismo primitivo, que presenta como título de gloria en el gran legislador de los Hebreos el haber sido iniciado en ella» (1). Pero, ¿cuál era esta doctrina? Sigue la duda sobre este particular. Se han perdido los libros en que los sacerdotes depositaban su ciencia. Las inscripciones jeroglíficas, en las cuales esperaban los sabios hallar los tesoros de la sabiduría egipcia, no se refieren á los misterios de la religion. No poseemos más que las noticias de los escritores griegos, pero se refieren á la época de la decadencia del Egipto; cuando éste se hallaba en la cumbre de su poder, cuando su civilizacion habia alcanzado el más alto grado de desarrollo, vivia aislado, y los demás pueblos se encontraban aun en la barbarie. El reino de los Faraones sigue, pues, siendo una tierra desconocida. En esta oscuridad y en esta incertidumbre no podemos hacer más que una cosa, y es atenernos á las noticias de los antiguos, comprobándolas, siempre que sea posible, por medio de los descubrimientos de los egiptólogos.

La ciencia del Egipto causaba á los antiguos universal admiración. Cuando el poeta hebreo quiere ensalzar al rey, á quien los libros sagrados presentan como el más sabio de los hombres, dice que la sabiduría de Salomon excedia á la de los Egipcios (2). En-

(1) WILKINSON, *Manners and Customs*, t. I, p. 273; t. IV, p. 164.

(2) *Reyes*, IV, 30.

tre los Griegos, los habitantes de las orillas del Nilo gozaban igualmente de gran estimacion (1).

Esta reputacion constituia evidentemente la ventaja de los sacerdotes (2); atrajo á sus santuarios á los legisladores, á los filósofos, á los poetas, á los artistas de la Grecia (3). Nada importa que la tradicion de estos viajes no esté exenta de crítica; aun siendo fabulosa, no puede tener otro fundamento que la creencia universal de la Grecia y del mundo antiguo en una ciencia secreta cultivada por el sacerdocio egipcio. ¿Cuál era el objeto de esta ciencia? Abarcaba todos los conocimientos humanos, segun manifiesta *Clemente de Alejandria*. El testimonio del Padre de la Iglesia, de que se habia querido dudar, ha sido brillantemente confirmado. Diodoro habla de una biblioteca egipcia que se remonta al siglo XIV ántes de nuestra era; *Champollion* ha encontrado sus ruinas; poseemos papiros procedentes de aquel antiguo depósito de los conocimientos humanos (4). Entre las diversas clases de sacerdotes, *San Clemente* distingue los *profetas* depositarios de los conocimientos teológicos, que buscaban en sus enseñanzas los filósofos de Grecia (5). Á ellos debe atribuirse lo que el estóico *Cheremon* dice de los sacerdotes: «Abandonaban todos los trabajos humanos, para dedicar su vida entera á la contemplacion y al conocimiento de los dioses» (6).

No eran los sacerdotes los únicos que meditaban sobre las cosas divinas; el sentimiento religioso era comun á toda la nacion. Los testimonios de los autores antiguos, que están unánimes acerca de este rasgo característico de los Egipcios, nos darán algunas indicaciones respecto de sus creencias. «Son muy religiosos,

(1) HEROD., II, 160: «Los de Elea se preciaban de haber establecido las leyes más justas para los juegos olímpicos; imaginábanse que ni aun los mismos Egipcios, aunque reputados como los más sabios de todos los hombres (τούς λεγομένους εἶναι σοφωτάτους), podrian inventar nada mejor.»

(2) Todos los escritores griegos los presentan como filósofos. DIODORO.—ISOCRAT., *Busiris laud.*, §§ 21 y sig.—STRAB., XVII, p. 541, 544, 561.—DION. CHRYSOST., *Or.*, XLIX, p. 538, C. ed. Morellus.—PORPHYR., *De Abstin.*, II, 5, 26.

(3) PLUTARC., *De Isid. et Osir.*, 10. Véase más adelante, c. III, § 2, n.º 2.

(4) LEPSIUS, *Chronologie der Aegypter*, t. I, p. 45-48, 33-39.

(5) CLEM. ALEJ., *Stromat.*, I, 15, p. 359, ed. Potter.

(6) CHAEREM., ap. PORPHYR., *De Abstin.*, IV, 6.

dice *Herodoto*, y aventajan á todos los hombres en el culto que tributan á los dioses. » Tenian la pretension de haber elevado los primeros altares, estatuas y templos, de haber establecido las primeras fiestas religiosas, y, lo que es más importante, de haber sido los primeros en enseñar que el alma del hombre es inmortal (1). Nadie duda que los Egipcios han tenido fe profunda en la inmortalidad; lo demuestra el cuidado que ponian en la conservacion de los cadáveres; la creencia en la trasmigracion explica el culto que tributaban á los animales. Esta concepcion ¿es un dogma sacerdotal ó una supersticion popular? Lo ignoramos. Lo cierto es que la trasmigracion á traves de los animales no era más que la pena de los condenados; los elegidos no quedaban sujetos á aquella humillante condicion. ¿Cuál era su suerte? ¿Hacian consistir los sacerdotes egipcios la salvacion final en la nada, como los budhistas, ó en la absorcion en Dios, como todas las sectas filosóficas y religiosas de la India? La cuestion es fundamental. Los Egipcios creian que las almas volverian á los cuerpos que habian abandonado; por esta razon los embalsamaban con tanta solicitud. Esto ha hecho decir á *San Agustin* que eran los únicos entre los antiguos que creian en la resurreccion (2). Prueba cierta de que, segun los Egipcios, la individualidad humana es indestructible (3).

El progreso, respecto de la India, es inmenso. ¿Provendrá del concepto de Dios? El panteismo indio y el *nirvána* están estrechamente unidos. Á juzgar por las apariencias, el culto de los Egipcios era un politeismo extravagante. Si los sacerdotes estaban imbuidos en las mismas locas supersticiones, la antigüedad se habria equivocado muy groseramente acerca de la sabiduría sacerdotal. ¿No es más probable suponer que encontraron aquellas prácticas establecidas entre los indígenas africanos, y que las conservaron por interes político? De aquí la necesidad de una ciencia oculta en misterios, y enseñada únicamente á los iniciados. Los sacerdotes se habian reservado todos los conocimientos, hasta las ciencias prácticas, y tenian interes en conservar su monopolio, puesto que

(1) HEROD., II, 37, 4, 58, 123, 135.

(2) S. AGUSTIN., *Serm.* 361.

(3) UHLEMANN, *Aegyptische Alterthumskunde*, t. II, p. 226, ss.—ROSELLINI, *Monumenti civili*, t. III, p. 285-333.

de él dependia su dominacion. Es, pues, muy probable la existencia de una ciencia superior desconocida del vulgo. En un pueblo esencialmente teológico, las especulaciones acerca de Dios debian ocupar al sacerdocio. ¿Cuál era la teodicea de los sacerdotes egipcios?

Hemos citado ya la famosa inscripcion de Sais; su antigüedad ha sido puesta en duda (1); pero sirve, cuando ménos, para probar que era general la opinion de que el sacerdocio egipcio creia en la unidad de Dios (2). Algunos filósofos franceses y alemanes han ido más léjos, y han tratado de reconstituir toda la teología egipcia (3). No nos atrevemos á entrar en un terreno en que nos abandonan las pruebas históricas. Sin embargo, los egiptólogos, de cualquier escuela que sean, afirman que el Dios supremo del Egipto, Ammon-Ra, ú Osiris, lleva en innumerables inscripciones el nombre de Dios creador del universo; dicen que hay admirables analogías entre la cosmogonía de los Egipcios y la de Moises (4). El sacerdocio ha conocido, pues, un Dios creador, lo cual implica el dogma de la unidad humana. Podemos admitir como probables estas consecuencias, sin gran riesgo de equivocarnos. Los Egipcios profesaban la igualdad religiosa de los hombres, y esta igualdad supone la unidad de los hombres en Dios. Segun esto, la ciencia sacerdotal estuvo conforme con los principios fundamentales del cristianismo y de la filosofía.

Hay un rasgo notable en las tradiciones que los escritores griegos han conservado del Egipto; la religion es considerada como poder civilizador. Osiris encuentra á los hombres sumidos en la mayor barbarie, devorándose mutuamente como los animales feroces; les enseña el cultivo de las plantas; les proporciona alimento nuevo y agradable, y de esta manera les hace abandonar la vida

(1) MOSHEIM, sobre CUDWORTH, t. I, p. 398, nota 123.

(2) El tratado de PLUTARCO sobre Isis y Osiris tiene por objeto mostrar que los Egipcios adoraban un solo Dios.—Compárese JAMBlich., *De Myst.*, *Aegypt.*, VII, 2; VIII, 3.

(3) LEROUX, *Revista social*, t. III, p. 35, s.—RÖTH, *Historia de la filosofía occidental*.

(4) UHLEMANN, *Thoth*, p. 27, ss.—ID., *Aegyptische Alterthumskunde*, t. IV, p. 152, ss.—DE RONGÉ; *Estudios sobre el ritual fúnebre de los Egipcios* (*Revue Archéologique*, 1860, t. I, p. 356, s., 360, s.).

salvaje. El derecho del más fuerte reinaba en las sociedades primitivas: Isis les da leyes, introduce la justicia, y hace cesar los abusos de la fuerza por temor al castigo. Los dioses egipcios no solamente llevan la civilización á las orillas del Nilo, sino que la difunden por el mundo entero. En una columna erigida á Osiris se leía, según *Diodoro*, en caracteres sagrados, la siguiente inscripción: «Yo soy el rey Osiris, que he recorrido, al frente de una expedición, toda la tierra hasta las comarcas deshabitadas de la India y hasta las regiones que se acercan á la Osa, hasta las fuentes del Ister, y desde allí otros países hasta el Océano..... No hay paraje en la tierra que yo no haya visitado, repartiendo mis beneficios» (1). Así, según los sacerdotes egipcios, su Dios ha civilizado el mundo. ¿Será este un símbolo de la influencia benéfica que ejercieron sobre los pueblos extranjeros las colonias que salieron del Egipto? (2).

§ IV.—Relaciones del Egipto con la humanidad.

Se considera generalmente al Egipto sacerdotal aislado, sin penetrar en el mar, que en su opinión era el símbolo del mal, y sin relaciones con el mundo, ya por medio de la guerra, ya por medio del comercio. El aislamiento de los Egipcios no era tan absoluto como se cree. El imperio de los Faraones ha tenido su época heroica; Sesóstris extendió sus conquistas hasta el lejano Oriente. Los templos eran centros comerciales al mismo tiempo que religiosos. Sin embargo, ni las armas ni el comercio fueron el verdadero medio de comunicación de los Egipcios con las demás naciones; sus conquistas fueron pasajeras y su comercio más pasivo que activo. Pero la Providencia veló para que los frutos de la civilización egipcia no fuesen perdidos para la humanidad. La tradición universal de la antigüedad manifiesta que existieron relaciones en-

(1) DIODORO, I, 13, 20, 27. — PLUTARCO añade que las conquistas de Osiris no fueron obras de la violencia, sino fruto de la persuasión y de la enseñanza (*De Isid. et Osir.*, c. 13).

(2) Tal es la conjetura de HEEREN (*Aegypten*, II Sec., p. 563).

tre el Egipto y los pueblos que habían de preparar al mundo nuevos destinos. El Egipto se consideraba como la cuna del género humano; parece que los Griegos, á pesar de su vanidad, los creían; les parecía que sus instituciones nacionales eran más venerables, cuando podían hacerlas derivar de aquel origen antiguo y sagrado. Dícese que del Egipto salieron colonias que tuvieron la gloria de iniciar á los Helenos en la vida intelectual, y se pretende que los filósofos de la Grecia tomaron sus doctrinas de las enseñanzas de los sacerdotes. No paró en esto la influencia de la sabiduría egipcia. Moisés, el mayor legislador de la antigüedad, fué educado en los templos de Egipto. Así, pues, según los antiguos, el sacerdocio ha transmitido su famosa ciencia á los Griegos y á los Hebreos.

Los hombres no alcanzan nunca más que una parte de la verdad, y aun ésta va mezclada con errores. Herodoto y Diodoro, fijándose en las analogías que existen entre el Egipto y la Grecia, exageraron estas relaciones en términos que se los llamó egipciomanos. Algunos sabios modernos se aventuraron más aun que los historiadores griegos en el peligroso camino de las hipótesis acerca de la filiación de los pueblos. No contentos con reivindicar para la sabiduría egipcia la gloria de haber civilizado el mundo occidental por medio de los Fenicios y de los Griegos (1), quisieron convertir á los Egipcios en iniciadores de la humanidad entera. Hay en Oriente un pueblo célebre, tanto por su sabiduría cuanto por su gran antigüedad: los brahmanes fueron transformados en discípulos del Egipto (2). Se pretendió que la nación más original y más exclusiva era una colonia egipcia: *Kircher* encontraba tan gran semejanza entre la China y el Egipto, que la primera le pareció ser la imagen del segundo (3). Siendo Egipcios los Chinos, no había dificultad en admitir el mismo origen para los Japoneses y los Tártaros (4). El Asia entera se convertía, pues, en una de-

(1) JABLONSKI, *Panth., Aegypt., Prolegom.*, p. 3. — KIRCHER (t. I, 412) dice que los Griegos y los Romanos eran los monjes del Egipto.

(2) JABLONSKI, *Pról.*, p. 20, 98, 100; I, 285; III, 201. — KIRCHER, I, 412.

(3) DE GUIGNES, Memoria en que se prueba que los Chinos son una colonia egipcia. — KIRCHER, t. I, p. 403.

(4) KIRCHER, p. 403.